

Y si así no se entendiese este lugar, el Apóstol se contradiría á sí mismo, á lo menos parece que es esto contra lo que dice en la segunda que escribió á su Timoteo: «En una gran casa, dice, no solamente se hacen vasos de plata y oro, mas tambien los hay de barro y de madera, y destos, unos son para honrar la mesa del señor de la casa, otros para que sirvan allá en lugares afrentosos y viles. Pero si alguno se alimpiare de los pecados y vicios que le ensucian y le hacen vaso de afrenta, este tal será vaso de honra, santificado y escogido, y provechoso al Señor, aparejado para toda obra buena.» Hasta aquí dice san Pablo. Si aquí dice que en la gran casa hay vasos de honra y otros de afrenta, síguese que expone ó es lo mismo que aquello que había dicho á los romanos, que el ollero hace y puede hacer unos y otros vasos. Esta gran casa es el mundo, cuyo poderoso señor es Dios; los vasos son los hombres, que unos son de oro, otros de plata, otros de madera, otros de lodo; que es decir que unos son malos y para el fuego y afrenta, como son los pecadores; los otros para honra, como son los justos. Mas, porque nadie piense que para afrentosos los hizo del primer intento, dice aquí que «puede el vaso sucio hacerse limpio y santo»; porque habló de vasos de razon y libres, como lo son los hombres; lo cual no pueden los de barro. Luego si en manos del vaso está ser escogido, síguese que no lo crió Dios reprobado de primer intento; porque si para eso lo crió, no estaria en su mano el hacerse vaso de honor; y así, si lo condena, es por su culpa y por su final impenitencia. Y á esto pienso que aludió el Señor cuando del mismo san Pablo dijo á Ananías: «Vaso escogido es Saulo para mí.» Primero había sido «vaso de ira», afrentoso, blasfemo, perseguidor, como lo dice él mismo de sí; después le hicieron «vaso escogido», como lo dijo Cristo. Y así, habló como experimentado cuando dijo, que se podía uno hacer «vaso de honra» de «vaso de ira». La Iglesia ayuda tambien á esto, que en el oficio que canta de la Madalena dice así en un himno:

*Post fluxae carnis scandala
Fit ex lebetes phiala,
In vas translata gloriae,
De base contumeliae.*

Que, vuelto en nuestra lengua, dice así:

Después de la caída
Del miserable cuerpo, fué trocada
En copa aventajada,
De caldera de fuego denegrida,
Y de vaso de afrenta y vil escoria,
La hizo vaso Dios de honor y gloria.

§. XX.

He aquí cómo se puede hacer este trueque, admitiendo un alma el llamamiento y la gracia divina, como lo hizo esta bienaventurada mujer. Luego ¿qué queja os puede quedar, alma, contra vuestro Dios, pues dejé en vuestra mano ser mala ó buena? Es lo que dice

el Sabio, sacando á Dios de culpa: «Dios al principio crió al hombre, y dejóle en las manos de su consejo.» Dióle mandamientos y proceptos suyos, que le ayudasen á ganar el cielo. Si quisierdes guardallos, ellos te guardarán. «Púsote delante el fuego y agua; echa mano de lo que mas quisierdes.» Y declarándose él mismo qué era lo que entendia por agua y fuego, dice: «Delante del hombre está la vida y la muerte, el bien y el mal; desto le darán lo que mas le agradare.» No sé si pudiera decir mas claro lo que pretendemos. Dejó (dice) Dios al hombre en manos de su albedrío, que pudiese hacer de sí lo que quisiese; lo que no hizo con alguno de los otros animales, sino que á cada uno le determinó para lo que había de ser, sin que pudiese dejar de ser aquello. Dióle mandamientos que guardase, y dice que «si quisiese guardallos, que viviria en ellos»; luego en su voluntad está guardallos, mediante el favor y gracia que le da Dios siempre. Y esto á nadie lo niega; porque «pues sin él no podemos hacer nada» (como dijo Cristo á sus discípulos), si no nos diese el favor para cumplir sus mandamientos, ¿para qué nos los daba y nos mandaba guardallos. Donaire sería que el Rey me mandase dar una batalla, si me quitaba los soldados con que la había de dar. Dice mas, «que me puso Dios delante la vida y la muerte; que eche yo mano de lo que mas me agradare.» Síguese que en mi mano está vivir ó morir; luego por mi culpa y porque quiero, muero. Y si no, ¿para qué me convida, diciendo: «Si alguno me abriere entraré á él?» Señor, ¿cómo os he de abrir, le podríamos decir, si no está en nuestra mano? «Y para que, dice por san Mateo, si alguno quisiere venir en pos de mí, etc.» y por Isaias: «Convertíos á mí de todo vuestro corazon.» Señor convertíme vos; que yo necesariamente sigo por donde vos me guiais ó llevais. Así que, si no estuviese en nuestra mano el condenarnos ó salvarnos mediante la gracia divina, por demás era el convidarnos y el llamarnos, y el darnos mandamientos, y ponernos premios si los guardáremos, y castigo si los quebrantáremos.

§. XXI.

Quiero traer un lugar que por ventura no vendrá mal á nuestro propósito. Tratando el Redentor de aquel espantoso y triste día del juicio universal, cuando será la averiguacion de las cuentas del alma y cuando hará capítulo general de culpas al mundo, adonde al de mejores cuentas y al mas valiente le temblará la barba, dice que dirá á los desventurados pecadores: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Lucifer y sus ángeles.» Para entender el propósito á que traemos este lugar, es de advertir que esta diferencia (entre otras muchas) hay del ángel al hombre, ora el ángel sea de los buenos, ora de los malos, que llamamos demonios; y es, que el demonio no entiende por discursos de silogismos, adivinando y infiriendo unas cosas de otras; esto es, no saca las conclusiones de las premisas, diciendo: «El hombre es animal racional, y veo que Pedro es hombre; luego sin duda Pedro es animal racio-

nal;» sino que, juntamente en viendo una cosa ve todas las razones que él puede conocer en la tal cosa, y después no le queda facultad para conocer otras de nuevo. Y así, dicen los teólogos que el ángel es determinado á una sola cosa. Quiere decir que, si una vez aferra con el bien, jamás lo dejará, ni puede; y si con el mal, lo mismo; porque cuando mira y conoce un bien, juntamente ve todas las razones que él puede alcanzar para amalle ó aborrecelle; y como si le aborrece no puede formar nuevas razones que le muevan á amallo, porque ya vió todas las que pudo, queda imposibilitado para volver atrás de lo que una vez le pareció y escogió. De aquí es que los ángeles buenos que una vez amaron á Dios y escogieron lo bueno, no pudieron desquerello jamás, y quedaron santos; y al contrario, los malos que aferraron con el mal y con el pecado se quedaron siempre con él, y jamás lo dejarán ni se arrepentirán eternamente. De donde se siguen dos cosas: la primera, que no fué menester aguardar muchos actos y á que obrasen muchas obras para dar Dios la gloria á los unos y el infierno á los otros, pues ni los buenos habían de dejar el bien que escogieron, ni los malos el mal que aceptaron; y aquella fué su muerte y su juicio, sin esperarlos á la penitencia, que no podían hacer. Síguese, lo segundo, que su pecado no fué reparable; porque, como no podían tener conocimiento de su culpa ni dolor de haber ofendido, no eran capaces de la misericordia divina. Mas desto ya lo decimos largamente en el libro que con el favor de Dios saldrá presto de *Todos santos*. El hombre, que es de una naturaleza mas grosera y no tan pura y tan espejada como los ángeles, va por otro camino; y es que crió Dios al alma encerrada en un mason de barro, empanada en lodo, y crióla (como dijo Aristóteles) «como una tabla rasa», sin pintura alguna de especies de cosas, bozal, sin noticia de criatura alguna. Fué menester que le abriese las ventanas de los sentidos, por donde pudiesen entrar al alma las especies y semejanzas de las cosas que había de conocer. De aquí le viene que tenga menos noticia de lo que entiende que los ángeles, y que no pueda calar ni penetrar los objetos que se le presentan á los sentidos, sino que ha de ir poco á poco y como haciendo pinitos, como niño que se comienza á soltar; así ha de hacerlos el alma con el entendimiento. Y como no está al cabo de las cosas, y el conocimiento dellas depende y se ha de registrar por los sentidos, entra enterrado y hace mil trampantojos al entendimiento, y muchas veces entiende lo verdadero por lo falso, y ama lo que había de aborrecer, y al contrario. Y como no puede entender de un golpe las razones que hay en cada cosa para ser amada ó aborrecida, si al principio descubrió algo por donde le pareciese que Pedro era digno de ser amado, andando el tiempo suele descubrir faltas que le persuaden á aborrecelle; y de aquí nace que se mude el hombre, lo cual no es en el conocimiento del ángel. Y por esto se dice del hombre que es voltizo y mudable, y que jamás está en un ser. Y esto quiso decir el Redentor cuando, queriendo volver á Judea á resucitar á Lázaro, le dijeron

sus discípulos: «En verdad, Señor, que nos espantamos de vos; ¿ayer os quisieron apedrear, y agora os volveis allá?» Respondióles el Señor: «Andá, que doce horas hay en el día.» Como si les dijera: «Andá, que el hombre es mudable y puede dar vuelta; y los que ayer me quisieron apedrear, mañana me pueden recibir.» Hé aquí cómo difiere del ángel; y á este propósito dijo Jeremías: «¿Por ventura el que cae no se levantará, ó el que está apartado y foragido no se convertirá?» No pudiera decir esto de los ángeles ni de los demonios, pues caidos una vez, no se levantan jamás. Desta propiedad que hemos dicho de los hombres se siguen tres cosas contrarias á las que dijimos de los demonios. La primera es, que pudo Dios nuestro Señor esperar á mas obras y á ver en el hombre mas experiencias de su pertinacia en el mal ó de su conversion para el bien; y así, no luego le mató en el cuerpo, dado caso que murió luego en el alma. Lo segundo, que su pecado fué reparable, porque pudo conocelle y llorarle y dolerse del, aunque no podía satisfacerlo. Y así, la caída del hombre fué reparable por Jesucristo, nuestro redentor, y el hombre es sugeto acomodado de misericordia, lo que no es el demonio. Y aun hay alguna tercera cosa que de lo dicho se sigue; que el pecado del hombre no fué de tanta malicia como el del demonio, antes hubo en él mas de ignorancia y pecó de necio. Y David á ignorancia lo echó, diciendo: «Vióse el hombre en zancos y cargado de honra, y no lo entendió.» Y san Pablo dice que Eva fué engañada luego, como ignorante. Y si dice que Adán no fué engañado, quiere decir por ventura que no lo engañó á él la serpiente, pues no fué él el tentado. Mas ya en otra parte tratamos este lugar de espacio; aquí esto basta. El pecado del demonio tuvo mucho de malicia y poco de ignorancia, porque pecó y supo que pecaba y quiso pecar; y aun tiene mas gravedad el pecado del demonio que el del hombre, porque el hombre es imposible apartarse de Dios con tanta fuerza ni tan del todo como el demonio; y es, porque sus obras, ora sean en el mal, ora en el bien, no las puede hacer segun todo el conato y ímpetu de su virtud, porque el cuerpo, de tierra, grosero, pesado y torpe, le retarda y detiene; así, en lo que obra de bien ó mal no puede aplicar toda la fuerza de su virtud; luego no puede haber en su pecado total malicia, y así tuvo lugar de entrar de por medio la misericordia, y cupo allí con ella su reparo. Mas el demonio, porque es espíritu ajeno de cuerpo, y que no tiene quien le hable á la mano en sus obras ni quien le detenga ni retarde, asienta toda la fuerza de su voluntad en el objeto que aprehende y quiere ó aborrece. Y por esto su pecado fué de suma malicia y cerró la puerta al perdón; no tuvo vez allí la misericordia, y así quedó irreparable. De donde se saca que el mayor enemigo de Dios es el demonio; y por mucho que el hombre lo sea, no lo puede ser tanto en cuanto á esto, ni puede estar tan apartado de Dios ni tan sin remedio; y digo en cuanto á esto de la malicia, porque por otros respetos, como por ser muchos los pecados de un hombre, podría ser que fuese mas

odioso que alguno de los demonios. Tambien nace de aquí la razon por donde no podemos cumplir en esta vida aquel gran mandamiento, que dice Dios que es el primero en dignidad y en obligacion, de amar á Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas y sentidos y potencias; mas cumplirlo hemos en el cielo, adonde el cuerpo no impedirá á la alma, y ella verá claramente el objeto amable sumamente bueno, que es Dios, y lo entenderá como suma y primera verdad.

§. XXII.

Pues de la doctrina que habemos dicho entenderemos agora la sentencia que Dios dice que dará á los malos: «Id, malditos (les dirá), al fuego eterno, que estaba aparejado para el demonio y sus ángeles.» Dice para el demonio, y no para los hombres, porque (como habemos dicho) en el punto que el demonio pecó quedó sin remedio; y así, como aquel de quien no se esperaba emienda, condenóle luego al fuego, y hiciéronse para él aquellas simas y calabozos del infierno, con un fuego hecho á temple de espíritus angélicos y á prueba de almas; por eso dice: «Id al fuego que se aparejó para el demonio.» Mas, como el hombre es mudable y puede arrepentirse, y su pecado no fué de tanta malicia, y podía conocerle y emendarse, y esto era contingente, no dice que aquel fuego lo hizo para los hombres. Y es como si dijera Dios: «Andá, malditos, que yo no hice el fuego para vosotros; que, aunque pecastes, os llamé, os rogué, os esperé, os di medios con que saliédes del pecado, y no quisistes, y escogistes la compañía de los demonios, para cuyo castigo habia yo hecho el infierno; pues id adonde escogisteis y tomá lo que ganastes.» Hé aquí cómo deste lugar parece que Dios á nadie crió para que se condenase, sino para que se salvase y gozase de Dios. Pues ¿qué mayor consuelo puede tener un alma que ver que su Dios desea salvarla, y que la crió para gozarle, amarle, servirle y siempre alabarle? Que si algunas hubiera criado de propósito para el infierno, sin ver en ellas deméritos, no dijera bien mi padre san Agustin: «Hicistesnos, Señor, para vos,» si sin causa ni pecados nos reprobara. Y ¿para qué nos daba aquel deseo de volvernos á él? Y ¿de qué nos servia aquella inclinacion de unirnos con Dios, si nos hizo para no darnos gloria? Y si por no poner una inclinacion supérflua y por demás, como en tal caso lo seria la que tiene el condenado, se la quitamos y decimos que no la tiene; la experiencia nos desmiente, pues todos los hombres, por desalmados, desuella-caras que sean, querrian salvarse y gozar de Dios. Y allende de esto, seguiríase que en el tal la carencia de la vista de Dios no seria pena; porque no tener lo que no apetezco no me da pena. Y pregunto: si Adán no pecara ¿nacieran mas de los predestinados? Dicen que no. Luego, nacer algunos que se condenen, el pecado lo hizo; luego él es al que mira Dios para condenalle.

Y á nadie espante el haber dicho arriba que nuestra reprobacion nos viene de nuestros pecados, junto con la voluntad de Dios, que quiere tener misericordia de

unos y no de otros, como se lo dijo á Moises; porque, aunque eso es así, jamás deja de dar todo aquel favor que á cada uno le baste para poderse volver á Dios; y con él y con su voluntad puede hacer lo que Dios le manda y salvarse; porque, á no ser así, ¿cómo le dice á Faraon: «Hasta cuándo quieres no obedecerme y sujetárteme?» Podria responderle: «Señor, ¿cómo queis que os obedezca pues no está en mi mano?» Luego culpa fué de Faraon, y no de Dios, el ahogarse y condenarse; y vos en vos mismo lo experimentais cada dia, que porque queis pecais, y veis que haceis mal y que podeis no hacerlo y que está en vuestra mano; y con todo eso, lo queis hacer y cerrais con ello. Bien es verdad que en esto de llamar Dios y atraellos á sí á los hombres hay alguna diferencia, que á unos trae y llama con mas eficaz llamamiento y fuerza que á otros. A un san Pedro y san Andrés, en diciéndoles una palabra lo dejaron todo y se fueron en pos del Redentor. Lo mismo hicieron san Juan y Santiago, su hermano. Pues ¿qué dirémos de san Mateo, que con un solo mirar le movió y atrajo? Adonde se descubrió bien la gran fuerza del mirar de Cristo cuando de veras y con atencion miraba; y pienso que fué una de las mas galanas pruebas que hizo de su divinidad el mirar y convertir con él á san Mateo. Y dado caso que todas las obras de Cristo tenian ojo á mostralle Dios, con todo eso, unas lo descubrian mas que otras. Una de las que mas fué el mirar. Son los ojos la muestra del alma, y son el sobrescrito donde se lee lo que está en el corazón; y como en Cristo el alma era divina, el mirar es celestial y los ojos soberanos. Pues como cuando Dios hizo al hombre lo crió á su imagen, y parece que se estampó como en un espejo, salió con el rostro levantado y mirando á su causa y principio. Pecó y quedó derrocado, y inclinados los ojos á la tierra, imposibilitado de poderlos levantar por sí mismo. «Todos declinaron y se derrocaron,» dice David, y quedaron tullidos, sin fuerzas para levantarse. Y en otra parte dice: «Determináronse los pecadores de derrocar sus ojos en tierra.» Cierta cosa es que si vos os estáis mirando á un espejo y teneis los ojos bajos, vuestra imagen tambien los tendrá así; que, aunque vengan ciento y se miren y los levanten, nunca vuestra imagen los levantará si vos no la mirádes y los levantádes; la razon es porque no es imagen de aquellos que la miran; mas si vos los levantais á miralla, miraros ha ella y levantará á vos los ojos, porque es imagen vuestra. Así ni mas ni menos, muchos habrian mirado á san Mateo, que estaba derrocado en una aduana; mas nunca él los habia mirado, ni levantado los ojos del conocimiento para ver su peligroso estado, porque no era imagen de alguno dellos. Mas, en llegando el Hijo de Dios, y levantando los ojos para mirar á san Mateo, luego él los levantó y se levantó, y siguió á Cristo, porque era imagen ó hecho á la imagen de aquel Dios que se encubria debajo de aquel cuerpo humano que se veia. Estos llamamientos de Dios, y el de un san Pablo, que le aguardó en un camino, como quien sale á saltar y á robar, y le derrueca y ciega, y habla y le sube al

cielo y le enseña de su mano; y el de un san Agustin, que le espera y le va dando sogas, y le da un grito en una huerta, donde estaba al tronco de un árbol solo y llorando, y casi de los cabellos lo hace venir á su fe y á su conocimiento, como quien dice: «Habeis de ser mio;» digo que estos tales favores y llamamientos, pocas veces y con pocos lo usa Dios. Son mercedes que su Majestad á nadie las debe y á pocos las hace. Mas, bien basta que con los llamamientos generales y favores ordinarios siempre nos convida y nos ruega, y esto es mucho. De los primeros por ventura se entiende lo que dijo Dios á Moises: «Yo tendré misericordia de quien me pareciere; y de quien no, no la tendré.» Y lo que dice san Pablo: «No es del que quiere ni del que corre, sino de quien Dios tuviere misericordia.» Y no porque no la haga con los otros, como habemos dicho, dándoles el auxilio que les basta, sino porque no es tan especial el favor. Así que, gran consuelo es este que tenemos de que Dios nos da bastante favor y medios para salvarnos, y por eso nos pone preceptos y leyes, para que las guardemos, y premio y castigo, y nos pedirá cuenta de nuestras obras, pues estuvo en nuestra mano el hacellas.

§. XXIII.

Quédanos agora de responder una palabra á lo que preguntamos al principio; que por qué atrae Dios á una Madalena cargada de pecados y á un Mateo cambiador ó trampeador, que todo es uno, y á un Zaqueo publicano, y se deja otros muchos que tendrían menos pecados que estos. A esto respondo lo que dice mi padre san Agustin: ¿Por qué Dios traia á este y no aquel? No lo quieras escudriñar si no lo quieres errar. Veo que dice Cristo en el Evangelio, hablando con los fariseos: «Los que son de Dios oyen la palabra de Dios; mas vosotros no la ois, porque no sois suyos.» Aquí el entendimiento humano se agota y se pierde, y no se sabe dar á manos. Y siendo san Agustin gran averiguador de verdades oscuras y dificultosas, y que á él como á la fuente solemos acudir en lo que no entendemos, para que nos adiestre con el resplandor de su doctrina, veo que si aquí vamos á él, se nos descabulle y desliza de entre las manos, acogiéndose á la predestinacion divina. Oyendo dos sermon, el uno se convierte, el otro se condena; ¿por qué? Porque el uno es de Dios, el otro no. Esto es gran verdad, llevándolo á las causas eternas. Mas es Dios causa suprema y remota, de cuyo efeto nos aconseja san Agustin que no lo escudriñemos, que nos perderemos, y que esto es quedarnos en la misma dificultad que antes. Dame la causa próxima y cercana por la cual á este determinó de atraello y á la Madalena de llamarla interiormente y moverla, y que viniese á los pies de Cristo, y de dalle después el cielo, y no á otras pecaderas que vivian en Judea en tiempo de la Madalena. Porque, así como en los niños este alcanza gloria porque por el bautismo renació de agua y de Espíritu Santo, y el otro no, porque murió sin bautismo; así en los adultos habemos de dar causa próxima porque, pues

Dios está siempre prontísimo para convertir estos dos, y esto igualmente, y está inspirándoles á entrambos con su gran misericordia, trae para sí al uno y no al otro. Confieso, sin correrme dello, que no lo entiendo. Bien sé que dicen algunos que no se puede dar otra causa, sino que el uno da cabida y consentimiento á la palabra ó á la inspiracion de Dios, y estotro no; y que por esto da á este mayor gracia, porque con mayor conato y con mayor ímpetu y fuerza de amor se convierte y vuelve á Dios. Bien estaba esto si no se atravesara de por medio la sentencia de Cristo, que dijo á los fariseos que el que es de Dios oye su palabra; para cuya respuesta esto no hace ni deshace. Dice Cristo: «Porque no sois de Dios, no ois la palabra de Dios.» Aquí da el Señor por causa del oír la palabra (que es lo mismo que obedecella y disponerse y dalle cabida) el ser de Dios; de manera que la admitió porque era de Dios; ellos dicen, al revés, que es de Dios ó viene á Dios, ó le atrae Dios (que todo es uno), porque admite su palabra. Hé aquí cómo se queda la mesma dificultad. No sé si querrá decir el Señor lo que agora diré: «No ois vosotros mis palabras, porque no sois de Dios;» y el no serlo culpa vuestra es, que por vuestros pecados habeis venido á hacer asiento y callos en la maldad, y á cerrar el corazón á Dios y á su doctrina, de tal suerte, que ya no halla paso su doctrina para vuestras orejas. Que hable aquí de los obstinados y duros en el pecado, y que tienen ojeriza contra la virtud y con Dios y con su doctrina, y que no trate de la predestinacion, y que ponga dos maneras de pecados: los unos, que no son del todo malos, que pecan, mas con una manera de miedo y cobardía que se les echa de ver que no pecan desvergonzadamente; es verdad que están enemistados con Dios por el pecado, mas quedan con un enfado y desabrimiento contra él y con una cierta acedia del vicio, que consigo mismos se corren y avergüenzan. Estos tales presto dan la vuelta, no tienen desamor á la virtud ni á Dios; esto es, no tienen odio formado contra ella; mas antes lloran, sospiran, ruegan y desean remedio; y si les hablais, se enternecen y procuran disponerse á salir del pecado. Destos podría ser que entendiese el Señor cuando dice: «El que es de Dios oye su palabra;» y que llame no ser de Dios al otro linaje de pecadores, del todo malos, duros y tercos, que lo son y lo quieren ser, y son del todo contrarios á los primeros. O que hable de los que, siendo buenos en el judaismo, admitian su predicacion y se pasaban al Evangelio; y de los que, por ser pecadores, soberbios, avarientos, hipócritas, como lo eran los fariseos, no querian recibir á Cristo ni les agradaba su doctrina; y así, mofaban y burlaban della. Y si nada desto fuere, yo lo dejo á los mayores ingenios, que ellos lo descubran; y confieso que no sé mas de lo que aquí digo, y me alegro y me regocijo en tener tan gran Dios, que sus misterios no quepan en mi entendimiento; y eso es gloria de nuestra ley; y lo que della no entiendo, lo creo y lo adoro y lo reverencio, y cautivo mi entendimiento en la obediencia de la fe. Y si acaso es algo de lo que aquí he dicho, respondo á la cuestion

principal que arriba preguntábamos; y es, que ¿por qué Dios llamó y trajo á la Magdalena, dejando otras menos pecadoras en sus pecados? Digo que, ó porque vió que había de admitir su llamamiento y dar cabida á las inspiraciones de Dios, lo cual no hicieran las otras, y que esta sea la causa próxima y cercana; ó porque era de las pecadoras que decíamos poco antes, que en medio de los pecados tenía un no sé qué de buen natural para la virtud, y que allí gustaba de la palabra de Dios y se le aficionaba; y siendo aquella doctrina celestial de Cristo de tanta eficacia, no podía dejar de hacer gran efecto en el corazón de la Magdalena, hallando en él la entrada y puerta que halló.

§. XXIV.

Ut cognovit; Estando en este punto la gloriosa Magdalena, *conoció*. Metió Dios la hacha de su divina luz en el alma desta mujer para que viese la fealdad de sus pecados. Hace Dios en la conversión de una alma de la manera que se hubo en la creación del mundo. Lo primero que entonces hizo fué criar la luz. Dijo el Señor: «Hágase la luz,» y luego fué hecha. Así, para criar ó reengendrar de pecadores, hijos de gracia, lo primero que hace es alumbrarlos, dalles conocimiento de Dios y de sus pecados. Siempre ha usado Dios deste artificio con ellos. A Adán allá le va á buscar al mediodía; á san Pablo, dice san Lucas en los *Actos* que le cercó un grande resplandor. El mismo Dios se sube en la cruz al mediodía, y allí alumbró al ladrón. El pecado es tinieblas. «Eradés (dice el Apóstol) otro tiempo tinieblas, agora sois luz en el Señor.» En viniendo la luz de arriba conocensu mal estado. ¿Qué es esto? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué ceguera era la mía? Todo lo echamos á que estamos ciegos hasta que nos alumbró Dios; que esta era la luz que deseaba David, y dijo galanamente: *Quoniam Tu illuminas lucernam meam Domine: Deus meus, illumina tenebras meas*; Tú, Señor, enciendes y alumbras mi vela, porque de tu soberana luz se ceba la que pusiste en nuestros entendimientos; y pues esta sola no basta, alumbró Dios mí, mis tinieblas, porque su luz divina, tinieblas son para mí la luz natural de acá bajo. Y esta misma quería hallar la esposa cuando le decía á su esposo: «Dime, amado de mi alma, ¿adónde apacientas tu ganado, y á qué parte te recuestas y tienes la siesta del mediodía, que es la mas clara luz?» Es pues el primer escalon para la penitencia el conocer sus pecados. Y esto no piense nadie que es tenerlos en la memoria, porque muchos hay que se acuerdan dellos; ni conocerse por gran pecador, que Cain dijo: «Tan grande es mi maldad, que no merece perdon;» y Judas: «Pequé vendiendo la sangre del Justo;» ni es solo llorarlos, porque Antíoco y Esaú los lloraron, mas no alcanzaron perdon; ni es rogar á los santos que sean vuestros intercesores para alcanzar perdon, que Faraon rogó á Moisen que orase por él, y al fin se ahogó. Pues ¿qué es conocer sus pecados? El pesarlos con la doctrina del Evangelio.

Tres balanzas hay para pesar: la primera es de la ra-

zon entenebrecida. Esta dice san Pablo á los romanos que tenían los sabios hinclados del mundo. Es peso falso, que engaña. Con esta pesan su vida los que dilatan su emienda allá para la vejez, los que dicen: «Señor, andá, que aun soy mozo; tiempo tengo, no he de hacerme viejo antes de serlo; la misericordia de Dios es grande.» ¡Ah desatinado loco! y ¿qué sabes si alcanzarás esta misericordia? Qué sabes si habrá mañana para tí, como no le hubo para el otro ricazo del Evangelio? Es peso falso, de quien dice el Sabio: *Statera dolosa abominatio est apud Deum*; El peso falso es abominable acerca del Señor. Pide Dios en nuestras obras la libertad, no la necesidad. No le sabe bien (en cuanto creo) la conversión teniendo el alma á los dientes, ni le agradan las restituciones cuando el médico no os da mas que dos horas de vida; lo que quiere es, que por su amor se haga la penitencia; y cuando hay fuerzas han de ser las devociones, los ayunos y las buenas obras.

La segunda balanza es la razon, alumbrada con la luz natural. Esta tienen los que conocen qué cosa es pecado, y que es mal hecho lo que hacen; pero ciégalos la pasión ó deleite para que no dejen de pecar.

La tercera es cuando se miden los pecados con la ley evangélica, y se mira lo que desdice della; porque el Evangelio es la plomada que se ha de echar sobre nuestras vidas, y la regla y nivel con que se ha de medir. Así, dice el glorioso padre san Agustín, y lo traen los teólogos para definir qué cosa sea pecado, que es «cosa dicha ó hecha ó deseada contra la ley divina». Oyó la Magdalena la palabra de Cristo, cotejó lo que había hecho con lo que había oído, y conoció que iba errada. Hora, suso, mal vamos por aquí. Esto es el *ut cognovit*.

§. XXV.

Ut cognovit. Dijimos arriba cómo por el pecado venia un hombre á perder el nombre para con Dios y con el mundo; pues veamos agora cómo le vuelve á cobrar por la penitencia. Y preguntémosle á esta santa mujer: decíme, Magdalena, y ¿cómo así os habeis mudado? Cómo ha sido esto? ¿Quién os ha trasegado el corazón? Por cierto, *Haec mutatio dexteræ Excelsi*; Esta ha sido mudanza de la mano derecha de Dios; porque las obras famosas y de misericordia se atribuyen á la mano derecha de Dios, como ya creo que lo dijimos arriba. Pues volverse un alma á Dios, es sola y única hazaña deste mismo Dios; porque, *Perditio tua ex te Israel: tantum ex me auxilium tuum*; El perderte, oh Israel, eso es de tu cosecha, y el caer para no levantarte, cosa es que está en tu mano; porque no hay cosa mas fácil que poderte echar en un pozo, ni cosa mas dificultosa que, después de echado, poder salir sin favor ajeno; y así, este es siempre de mi parte, y nadie sino yo te lo puede dar. Está el pecador en un profundísimo pozo, hundido hasta los ojos en el cieno, y allí le va el Señor á buscarlo y requerirlo y convidarlo. Esto era lo que rogaba David: *Non me demergat tempestas aquae, neque absorbeat me profundum: neque urgeat super me pu-*

teus os suum; ¡Ah Señor! por quien vos sois, no déis lugar que me anegue el aguadicho de mis pecados, ni me sorba y trague el golfo de mis maldades; y si acaso me viere caído en el pozo profundo de las ofensas vuestras, os suplico, mi Dios, que no permitais que se cierre la boca sobre mí, no se eche encima del brocal la piedra pesada de vuestra justicia, que es el cerrarme la puerta de vuestra misericordia, mereciéndolo así mis pecados. Dice David esto por una metáfora bien espantosa, y aun por dos. La una es de cuando se levanta en el mar alguna gran borrasca y tempestad. ¡Qué cosa tan triste y tan espantosa es de ver cerrarse el cielo con unas nubes gruesas y negras, rasgarse el aire con truenos y relámpagos y despeñarse los rayos, y hacer hervir las aguas donde caen; oír bramar aquel monstruo terrible del mar, que amenaza á los desventurados pasajeros; ver luchar los vientos y forcejar en aquel extendido piélago de las ondas, y que prueban sus fuerzas á costa de las vidas de los miserables hombres! Aquel levantarse la mar por el cielo, hacerse sierras de aguas, que vienen á cubrir los que navegan, y se ven á veces sepultados en las ondas. Otras que se abren las arenas del abismo, y parece que el regolfo se traga la rota nave. Allí son los gritos de los que piden misericordia, porque pelean la vida y la muerte. Abrese la nave, y no se pueden dar á manos con la bomba; los pilotos turbados, no hacen sino ir y venir al aguja. El cielo está tan airado, que no le osan mirar; el día, convertido en una ciega noche, solamente se conoce en el contar de las horas. El otro, que está atento al gobernalte, una grupada que viene se lo lleva abrazado con él. Pues ya cuando ven que se zume el navío y regolfa, y que el que puede alcanzar una tabla con que arrojarle al agua, piensa que tiene un tesoro, y huyendo de una muerte, dan en otra mas espantosa y la hallan mas presto. Andan lidiando miserablemente con las aguas; que el poeta castellano lo dijo muy bien, cantando la muerte del conde de Niebla sobre Gibraltar:

Los míseros cuerpos ya no respiraban,
Mas so las azas andaban ocultos,
Dando y tragando mortales singultos
De aguas al tiempo que mas anhelaban;
Las vidas de todos allí litigaban,
Que aguas entraban do almas salían;
La pérdida entrada las aguas pedían,
La dura salida las almas negaban.

Pues esta es la primera metáfora de que usa David, que el otro miserable que por huir de la muerte, ó á lo menos por alargar un poco mas la vida, se arrojó al agua, veréisle unas veces que no se parece, y ya pensais que es ahogado, y otra onda le vuelve arriba un gran trecho de allí, y estándole vos mirando, veis que se hace un remolino espantoso y se lo sorbe, y nunca mas parece; por esto dice David: «No me anegue, Señor, la tempestad y muchedumbre de las aguas, ni me sorba el profundo.» La segunda la pone en el fin del verso, diciendo: «No cierre el pozo sobre mí su boca.» ¡Qué tris-tísima cosa seria que, habiendo caído un pobre hombre en

un pozo de diez estados de hondo, antes que tornase en sí del golpe de la caída, le cerrasen con una peña la boca del pozo, y cuando tornase en su acuerdo y se viese en aquella escuridad, sin ver luz ni señal della, y sin saber en qué lugar está, y que tentase las paredes, y no hallase puerta por do salir ni escalera por do subir, y diese voces, y nadie le oyese; decidme, ¿qué sentiría este hombre miserable? ¿No se ahogaría de rabia y de congoja, de verse sepultado en vida? No leemos de algunos que, teniéndolos por muertos, los han enterrado vivos en carneros; y después, vueltos del paroxismo, como no han podido salir, y se han hallado sepultados en vida, los han hallado á cabo de dias comidas y mordidas las manos, de rabia y de gran dolor? Pues esto es lo segundo que dice el real profeta David, y ruega á Dios que si algun día cayere en el pozo de los pecados, no cierre su boca; esto es, no le cierre su misericordia por sus muchas maldades, y se quede después sin remedio. Pues allí muestra el Señor dónde está el alma, y esto es comenzar á salir del pecado, considerando dónde está, dónde la ha derribado y hundido el pecado. Este era el consejo que daba el Señor á su pueblo (por el profeta Jeremías) para que mas presto saliese del pecado: *Leva oculos tuos in directum, et vide, ubi non prostrata sis*. Levanta los ojos, oh pueblo mio ciego, y mira dónde te han derrocado tus pecados; lee, alma, en el libro de tu conciencia; mira qué pensaste, qué hiciste, qué dijiste, qué deseaste; porque por aquí va la penitencia. ¡Oh! cómo se quejaba Dios nuestro Señor por Jeremías: *Attendi, et auscultavi: nemo quod bonum est loquitur, nullus est qui agat poenitentiam de peccato suo, dicens: Quid feci?* Atento he estado (dice Dios nuestro Señor) por ver si hallaría alguno que hiciese penitencia de su pecado, y no le he hallado. ¿Por qué Señor? Porque nadie dice delante de sus ojos: *Quid feci?* ¿Qué hice? Lo que no osara pensar ante los ojos de un muchacho. ¿Qué hice contra la voluntad de Dios? Lo que no osara contra la de otro como yo. *Quid feci?* Cuando pequé, injurié á mi Criador, hollé al unigénito Hijo de Dios, que murió en una cruz por mí; entreguéme á sus enemigos los demonios para siempre, irrité contra mí aquella gran majestad é infinito poder de Dios, híceme terrero de su ira y saña. *Quid feci* de todas las riquezas divinas y del mismo Dios? ¿Qué? Lo dí por un puntillo de honra, por un interés de una paja, por un vilísimo y asqueroso deleite. *Quid feci?* ¿Qué? Me arrojé y metí en un cenagal y hediondez, de donde solo Dios me puede sacar, admitiendo yo su divina ayuda; herí mi alma de una herida mortal, que no puede ser curada ni puede ya sanar sino con la sangre y vida de un solo Hijo de Dios, azotado, escupido, crucificado y muerto por mí. *Quid feci?* ¿Qué? Me hice compañera de los demonios, dime la muerte, y avécinde-me en los infiernos con ellos para siempre; desterré-me de los cielos á fuego sin fin. Tras este *Quid feci?* viene luego el *Surgam, et ibo ad patrem meum*, que dijo aquel perdulario del hijo pródigo: Levantaréme y volveréme á mi padre, derrocaréme á sus piés, y allí llo-

raré; diréle que le he ofendido, y al cielo, en que Dios está; que ya no merezco aquel regalado nombre de hijo, perdido por mis maldades. ¡Oh padre de misericordia! recíbeme en tu casa. ¡Oh, cuántos jornaleros trabajan en tu hacienda, hartos de mantenimiento; y yo, hijo, otro tiempo regalado, muerto de hambre en tierra ajena! Pues ¿será posible (oh padre de clemencia) que no me querrás recibir si voy á tí; que me volverás el rostro, que me cerrarás la puerta, que no te acordarás de aquel dichoso tiempo cuando me tenias por hijo, y yo á tí por padre; cuando me sentabas á tu mesa, me dabas aquel pan sabroso de tu cuerpo y el vino celestial de tu sangre? Pues ya yo voy á tí (¡oh fuente de vida!), ya me contentaré con las migajas que de tu santa mesa sobren. Y si me huyeres, bien sé que no podrás apartárteme mucho; ya sé dónde te hallaré: sobre un monte te alcanzaré; allí me esperarás, los piés enclavados porque no me huyas, y cosidas las manos porque no me castigues. Allí me abrirás esa sagrada puerta de tu costado, adonde yo ponga y esconda mi alma y la guarde de tu castigo. Esta es la vuelta del hijo perdulario, que conoció el estado vil de porquerizo y gañan en que le habian traído sus pecados; como nos lo dijo bien uno en los versos siguientes:

SONETO.

De padre y de consejo despedido
Aquel mozo avisado en propios daños,
Do libertad, riqueza y pocos años
Hicieron siervo al que ante era servido;
Viéndose por su culpa tan perdido,
Dice allá donde está en reinos extraños
«¿Qué tarde llegan seso y desengaños,
Pues tras guarda de puercos han venido!
«Quiérome ir á mi padre, á do primero
Gocé el nombre de hijo mal guardado;
Quizá querrá por siervo recogerme.
»¿Si huye? No hará, que en un madero
Me espera el buen Jesus, por mi enclavado,
Y el corazon rasgado, á do esconderme.»

§. XXVI.

Tras esto viene lo de Oséas: *Vadam, et revertar ad virum meum priorem, quia melius mihi erat tunc, quam nunc*; que dice que dirá el alma perdida cuando llegue al conocimiento del *quid feci* que tuvo la Madalena: «Quiérome ir, y volver á mi primer marido, que mejor me iba entonces cuando estaba con él que agora.» Lo primero dice *Vadam*; Quiérome ir; porque, así como por el pecado se va un alma de Dios, y se aparta y aleja dél, así tambien se acerca y avecina al demonio; porque, cuanto mas nos alejamos del un extremo, tanto mas nos allegamos al otro. Y por esto se dice del hijo pródigo que se fué á una region muy apartada; porque siempre el pecador está lejos de Dios, que es nuestra salud. Y así, dijo el real profeta David: *Longè à peccatoribus salus*; Léjos está, Señor, tu salud de los pecadores. Y es así por cierto, que no hay cosa mas léjos que cielo y infierno; ni extremos mas apartados que Dios y el demonio; pues luego, estando

el pecador en un infierno de pecados, y vecino y hecho uno con el demonio, bien se sigue que está muy léjos. Dice pues nuestro profeta que el primer paso es *Vadam*; Iréme; porque, así como por el pecado se apartó de Dios y se acercó al demonio, así por la penitencia se aparta del demonio y se acerca á Dios. Tras el *Vadam*, se sigue en Oséas el *Revertar*; Volverme quiero; que es la conversion que Dios pide á los de su pueblo, y en ellos á todos los pecadores, diciendo por el profeta Isaías la huida y la vuelta. *Convertimini sicut in profundum recesseratis filii Israel*; Volvéos á mí, hijos de Israel, pues os habeis apartado; y sea tanta la vuelta, cuanta fué la huida. Volveréme (dije) á mi primer marido. Habla el Señor con el alma debajo de metáfora de matrimonio, y llama al alma su esposa, y él se dice nuestro esposo. Y deste lenguaje y estilo de hablar está llena la Escritura sagrada, principalmente los cánticos y los profetas. Y la razon es, porque en el bautismo nos desposamos con Cristo por fe, como dijo Dios por Oséas: *Sponsabo te mihi in fide*; Desposarte he conmigo por la fe. Que no me detengo aquí á declararlo, porque mas de asiento lo trataré en otra parte, con el favor divino. Por esto tambien al pecar llama *fornicar ó adulterar*, principalmente al pecado de la idolatría; porque es quitar la fe al primer esposo y marido, y dalla al rufian del demonio. Dice pues: «Volveréme á mi marido primero;» porque parece que se adelanta Dios á tomar la mano al alma, y desde la cuna se la quiere criar á sus condiciones; que es el *Visitas eum diluculo*, que dice el santo Job: Madrugais, Señor, á visitar al hombre tan de mañana, que apenas es de día, apenas ha amanecido, ni es venida el alba de la concepcion, y ya vos estáis á la puerta y le dais un ángel que os le guarde; y en naciendo quereis hacer el casamiento, y que el cura os tome las manos. Porque para esto mandaba en la ley que á los ocho dias le circuncidasen el niño. En pudiendo sufrir dolor, y en estando un tantico reforzado el niño (dice Dios), circuncidádmele; porque, como agora por el bautismo se perdona el pecado, así entonces por la circuncision, obrando la fe que profesaban del Mesías que les estaba prometido; aunque agora es por la fuerza del sacramento, y allá por la profesion de la fe del Mesías. Da luego la razon de la vuelta que hace á casa de su marido: *Quia melius mihi erat tunc, quam nunc*; Porque mucho mejor me iba entonces á mí con el primer marido que agora con este tirano. Tomó el Señor la metáfora de una mujer perdida que, saliéndose de casa de su marido, que la trata muy bien, tráela muy enojada y vestida, y su boca es la medida de cuanto quiere; ella, liviana, ingrata, dale cantonada y vase con un rufian, cásase á media carta, y él llévala perdida de feria en feria, con una vida infame, arrastrada, rota y hambrienta. Vuelve en sí, con la mala vida que le da; porque, como dice Dios por Isaías: *Vexatio intellectum dabit auditui*; El trabajo os hará abrir los ojos del entendimiento; que es donde nació el refran castellano, que dice: «El loco por la pena es cuerdo.» Y dice:

¡Desventurada de mí! ¿Quién me ha traído á tan mal estado? ¿Qué se hicieron mis buenos dias? ¿Qué son de los regalos que me hacia mi primer marido? ¿Do mis joyas y mis vestidos? ¿Cómo ando desnuda y descalza? Quiérome volver á mi primer marido, y dejar este rufian que me maltrata. Esto mismo es lo que nos pinta Dios por Oséas que dice el alma: Mejor me iba á mí entonces que agora, cuando yo no era galana, cuando yo no sabia si habia ventanas en casa, cuando yo no miraba sino á la tierra, que me habia de comer, y al cielo, de donde el Hijo de Dios vino á me salvar; cuando yo ayuraba y oraba y trabajaba y callaba, ¡oh, qué descanso traia en mi alma! Oh, qué paz! Oh, qué sosiego en mi corazon! Oh, cómo entonces no temia la muerte ni me espantaba el infierno ni me asombraba la hora de la cuenta! Oh, qué regalo y qué dulzura sentia en mi alma, en acordándome de Dios, en alabarle, en llamarle, en darle gracias por las mercedes que me hacia! *Vadam*, pues, *et revertar ad virum meum priorem*; que este no es sino rufian tirano. Alma mia adúltera, alma mia traidora, desleal, fementida, mira que estás en poder del demonio, esclava de un tan gran tacaño y pesado dueño. Mira, alma mia, que estás sin Dios, tu vida, tu padre, tu esposo, tu amado; llagado por tí, muerto por tí, abogando ante el Padre por tí. Este es el *ut cognovit*. Pero veámoslo en la Madalena.

§. XXVII.

Ut cognovit. En cayendo en la cuenta, en comenzando la luz divina á deshacer aquellas tinieblas de su entendimiento, comienza á pensar en su mal estado, en la mala vida pasada, y avergonzarse y afrentarse de sí misma. Mira la justicia divina, ve á Dios airado, cerrado el cielo, el infierno abierto, y arder aquel fuego sempiterno que la esperaba. Comienza á entrar en cuenta consigo. ¿Qué es esto, desventurada mujer? ¿Quién me ha puesto tal? ¿Qué son de tantos años tan mal gastados? ¿Qué se han hecho mis pasados contentamientos? ¿En qué van á parar todas mis esperanzas? ¡Oh mujer engañada! ¿Cómo he vivido con tanto descuido? ¿Cómo no me acordé, descordada, que pasaban los dias como viento? Véome en un abismo de maldades, de donde no puedo salir. ¿A quién me volveré, que me remedie? ¿Quién me socorrerá en tanta desventura? Si me vuelvo á los hombres, esos me han traído á tan desdichado estado; si á Dios me vuelvo, téngole ofendido; diráme que basta lo que ha esperado, y que teniéndole por enemigo, ¿cómo me atrevo á ponerme en su presencia? Si al cielo me vuelvo, no le osaré mirar con estos torpes ojos, empleados en mirar maldades y torpezas; si á los ángeles, que me ayuden, siendo tan puros, ¿cómo querrán mirar tan mala y pecadora mujer como yo? Pues ¿qué haré en tanta desventura, ó quién me dará consejo en esta perdicion? Tu misericordia, Señor, me esfuerza, y mis maldades me desmayan; sé que eres clementísimo, pero yo gran pecadora. Si tu santísimo Job decia: *A facie ejus turbatus sum, et considerans eum, timore sollicitor: Deus mollivit cor meum, et*

Omnipotens conturbavit me; Espántame tanto la grandeza de Dios nuestro Señor (dice tu santo amigo), que en acordarme que me he de ver en su presencia, me turbo y no sé de mí. Pues cuando me paro á considerar quién es, los huesos me tiemblan, y de miedo no puedo sustentarme. Dios y este espantoso nombre suyo me muelen y quebrantan el corazon, y el Omnipotente me asombra y turba. Pues dime, Dios espantoso, ¿qué haré yo siendo tan gran pecadora, cuanto Job gran santo? *Usquequò, Domine, oblivisceris me in finem? Usquequò avertis faciem tuam à me?* ¿Hasta cuándo me tendrás olvidada para siempre? Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? Hasta cuándo, Señor, me dejarás en el cieno de mis maldades? Hasta cuándo tardarás en dolerte y haber misericordia desta mujer desventurada? *Quamdiu ponam consilia in anima mea, dolorem in corde meo per diem?* ¿Hasta cuándo, Dios y Señor mio, diré, mañana, mañana? ¿Cuándo me acabaré de determinar? ¿Hasta cuándo tardaré en pensarlo, y alargaré la consulta de mi vuelta, y estaré con este dolor en el corazon? *Usquequò exallabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me Domine Deus meus.* ¿Hasta cuándo se alabará mi enemigo de mí, y me tendrá vencida? ¡Ah, Dios y Señor mio, vuelve esos tus piadosos ojos á mirarme, y oye mi llanto, Señor mio! *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte: nequando dicat inimicus meus: Praevalui adversus eum*; Alumbra mis ojos, y desbarata con tu soberana luz las tinieblas de mi alma, porque no duerman el sueño de la muerte, y diga mi enemigo: Prevaliendo he contra ella.

SALMO XII.

¿Hasta cuándo, Dios mio,
Te olvidarás de mí, para valerme
Con tu gran poderío,
Sin quien he de perderme,
Y apartarás tu rostro por no verme?
¿Hasta cuándo ¡ay! perdida,
Tardaré el consultar el emendarme,
Y de tan triste vida
Podré desenredarme,
Y á tu manada, oh gran Señor, tornarme?
¿Cuándo será aquel día
Que el corazon descanse de su duelo,
Y el alma tibia y fria,
Deshecho ya su hielo,
Se abra en amor tuyo, oh Rey del cielo?
¿Hasta cuándo conmigo,
¡Ay alma desdichada! en mi despecho,
Mi sangriento enemigo
Se ensalzará en su hecho,
Robando los despojos de mi pecho?
Vuelve esos claros ojos,
Y rompe este ñublado con tu lumbre,
Y arranca los abrojos
De la vieja costumbre
Del vicio, tú, que moras en la cumbre.
Oyeme, Señor mio,
Dios mio, pues te llamo; y de tu cielo